

Los desafíos para una alternativa socialista



Perry
Anderson

Los desafíos para una alternativa socialista

Perry Anderson

El Rodaballo. Revista de cultura y política.
Año 1, N° 1, noviembre 1994

Traducción de Horacio Tarcus del capítulo
sexto de *O fim da história. De Hegel a Fu-*
kuyama, Río de Janeiro, J. Zahar, 1992. Los
subtítulos son del editor.

Letra e

Muchas son las limitaciones evidentes en la construcción de Fukuyama. Pero para refutar sus tesis no es suficiente mostrar que atenúa o ignora los defectos del orden mundial dominado por el capitalismo liberal. Debe ser posible indicar una alternativa digna de crédito, sin recurrir a meros indicios, a lo imprevisible o a cambios que no son más que terminológicos. La tesis original de Fukuyama decía que la democracia capitalista es el descubrimiento de la forma final de la libertad, que conduce a la historia a un fin —no porque dejó de haber problemas, sino porque las soluciones para ellos son ahora conocidas de antemano. Estas pueden ser encontradas en el modelo de sociedades ya existentes en América del Norte, Europa Occidental y Japón, al cual es sólo una cuestión de tiempo que el Segundo y el Tercer Mundo tengan acceso, o por lo menos se aproximen. Sometidas a un examen atento, las soluciones demuestran ser menos accesibles o seguras que lo divulgado. La visión de Fukuyama no es artificial o implausible, porque recurre a la convicción generalizada de que el colapso del bloque soviético mostró justamente ser ése el caso: lo que el fin de la historia significa, por encima de todo, es el fin del socialismo.

El destino del mundo comunista no constituye, está claro, un dato aislado. La cascada de regímenes burocráticos desmoronándose unos tras otros, en el corto espacio de dos años, desde el Gobi hasta el Adriático, enterrando con ella a la URSS, fue de lejos el episodio más espectacular. La tradición de la Tercera Internacional terminó en la ruina, al paso que su rival de Occidente sobrevivió. Pero los herederos de la Segunda Internacional se tornaron cada vez más estériles. Las

realizaciones históricas de la socialdemocracia europea después de la guerra fueron los servicios del bienestar social y el pleno empleo —y en el límite extremo, algunas nacionalizaciones. Todas ellas fueron diluidas o abandonadas actualmente, sin sustitutos, y la pérdida de dirección redundó en un declive de poder. Hoy, los clásicos bastiones nórdicos de la socialdemocracia están, por primera vez, desde la década del 20, bajo gobierno predominantemente conservador. En este ambiente, en el Tercer Mundo, la dinámica de liberación nacional se hallaba en gran medida agotada, y los movimientos que vestían colores socialistas en la lucha por la independencia se han decolorado, desde Yemen hasta Angola. El símbolo del momento es un semi-rey americano en Londres intermediando la victoria en Eritrea entre un grupo guerrillero renegando de su simpatía por China y otro por Albania, a pedido mutuo. Ninguna de las corrientes políticas que se propusieron desafiar el capitalismo en este siglo tienen hoy moral o aliento.

LOS FUNDAMENTOS DEL SOCIALISMO EN CUESTIÓN

Las razones de esa confusión común son más profundas que los títulos corrientes: los maleficios del totalitarismo, la corrupción de los sistemas de seguridad social, los fraudes de las autarquías. Los fundamentos de la concepción clásica del socialismo son cuádruples. Comprenden una proyección histórica, un movimiento social, un objetivo político y un ideal ético. La base objetiva para la esperanza de trascender el capitalismo reside en la naturaleza progresivamente social de las fuerzas productivas industriales, tornando la propiedad privada de las mismas —creando inmediatamente crisis periódicas— incompatible a

largo plazo con la propia lógica del desarrollo económico. El agente subjetivo capaz de asegurar una transición para las relaciones sociales de producción era el trabajador colectivo, producido por la propia industria moderna, una clase trabajadora cuya autoorganización prefiguraba los principios de la sociedad venidera. La principal institución de esa sociedad sería la planificación conciente del producto social por sus ciudadanos, como productores libremente asociados participando en común de sus medios básicos de subsistencia. El valor central de ese orden sería la igualdad —no la regimentación, sino una distribución de bienes apropiada a las necesidades de cada uno y un reparto de tareas en conformidad con los talentos de cada ciudadano, en una sociedad sin clases. Hoy, todos esos elementos de la visión socialista ceden a la duda radical. La tendencia secular hacia fuerzas productivas cada vez más sociales, tal como fue entendida por Marx o por Luxemburgo —o sea, el crecimiento de complejos siempre mayores y más interconectados de capital fijo, exigiendo una administración centralizada de los mismos— continuó desde la revolución industrial hasta el prolongado *boom* posterior a la segunda guerra mundial, pero los últimos veinte años asistieron a la inversión de esa tendencia. Avances tecnológicos en los transportes y las comunicaciones fraccionaron los procesos de la manufactura y descentralizaron las fábricas a un ritmo acelerado. Entre tanto, la clase trabajadora industrial, cuyas filas se multiplicaron en los países metropolitanos hasta mediados del siglo, comenzó declinando gradualmente en tamaño y cohesión social. A escala mundial, sus números absolutos crecieron en el mismo período, a medida que la industrialización se propagó al Tercer Mundo. Pero como la población global creció mucho más de prisa, su

tamaño relativo en proporción a la humanidad está decreciendo regularmente. La planificación centralizada realizó notables proezas en condiciones de cerco o de guerra, tanto en las sociedades comunistas como en las capitalistas. Pero, en condiciones de paz, el sistema de comando administrativo central en los países comunistas probó ser totalmente incapaz de dominar el problema de la coordinación en economías cada vez más complejas, redundando en desperdicio e irracionalidad que exceden con gran margen los registrados en el mismo período en los sistemas de mercado, y poseer síntomas subsecuentes de colapso potencial. La propia igualdad, siempre —por lo menos— un valor retórico de la vida pública después de la segunda guerra mundial, por más radicalmente negada que fuese, está ahora ampliamente depreciada como posible o deseable. En efecto, para el sentido común de la época, todas las ideas que en un momento dado formaron una creencia en el socialismo, son hoy otras tantas inutilidades. La producción en masa fue superada por el posfordismo. La clase trabajadora es un tenue recuerdo del pasado. La propiedad colectiva es una garantía de ineficiencia y de tiranía. La igualdad sustancial es incompatible con la libertad o con la productividad. ¿Hasta qué punto es conclusivo este veredicto popular? De hecho, ninguno de los cambios objetivos que transformaron la credibilidad del socialismo está exento de ambigüedades. La socialización de las fuerzas productivas, entendida como su concentración físico-geográfica, ciertamente declinó. Pero entendida como interconexión técnica —una articulación de múltiples unidades productivas en un proceso básicamente integrado— aumentó inmensamente. Los sistemas de fabricación auto-suficientes crecen en un número inmensamente menor en relación a la

expansión de la empresa multinacional, creando una red de interdependencia global inimaginable en los tiempos de Saint-Simon o Marx. El proletariado industrial de trabajadores manuales de la manufactura y minería declinó en forma significativa en los países capitalistas ricos y, frente a las tendencias actuales de productividad y población, nunca recuperará el predominio numérico a escala mundial. Pero el número de asalariados, todavía una minoría de la población de la tierra a mediados de siglo, viene creciendo a un ritmo sin precedentes, a medida que el campesinado abandona el campo en el Tercer Mundo. La planificación central fue desacreditada y desmantelada en el antiguo bloque soviético. En el mundo capitalista, entre tanto, la planificación empresarial nunca fue tan compleja y ambiciosa —en la escala y en el alcance de sus cálculos— extendiéndose a toda la tierra y dilatándose en el tiempo. Aún la igualdad, por todas partes rechazada como un obstáculo al progreso económico, fue en el mismo período sistemáticamente ampliada como reivindicación legal y norma consuetudinaria. Las fuentes del socialismo, tal como fueron tradicionalmente concebidas, no se secarán tan sencillamente.

CAPITALISMO Y COMUNISMO

Registrar esto no significa, sin embargo, ninguna garantía de que ellas probarán ser más eficaces en el futuro de lo que lo fueron en el pasado. El test para validar el socialismo como alternativa al capitalismo consiste en aprovechar esa reserva como un potencial para resolver los problemas con que el segundo se enfrenta en su hora de histórico

triunfo. En la época del **Manifiesto Comunista**, Mill observó que “si tuviese que escoger entre el comunismo, con todas sus oportunidades, y el presente estado de la sociedad, con todos sus sufrimientos e injusticias; si la institución de la propiedad privada necesariamente implicase como consecuencia que el producto bruto del trabajo tuviera que ser repartido tal como vemos ahora —la mayor parte para aquellos que nunca trabajaron, la segunda para aquellos cuyo trabajo es meramente nominal y así sucesivamente, en escala descendente, disminuyendo la remuneración a medida que el trabajo se torna más arduo, penoso y desagradable, hasta el punto de no poder contar con certeza con el más fatigante y exhaustivo trabajo para cubrir siquiera las necesidades básicas de la vida— si esto y el comunismo fuesen las alternativas, todas las dificultades, grandes o pequeñas, del comunismo, no serían más que polvo en el plato de la balanza”. Pero no era ese el caso, subrayó. Pues, “para que la comparación sea aplicable, debemos comparar el comunismo en sus más favorables condiciones de desempeño con el régimen de la propiedad privada no tal como es, sino como podría ser. El principio de la propiedad privada nunca tuvo hasta hoy un juzgamiento justo en cualquier país”. Sólo el futuro podría decidir entre las ventajas comparativas de los dos sistemas, cuando el criterio final sería probablemente cuál de ellos era “congruente con la mayor cantidad de libertad y espontaneidad humanas” (**Collected Works**, vol II. Toronto, 1965, pp. 207–208). El sistema de la propiedad privada de hecho se transformó, no obstante, no totalmente del modo considerado por Mill, y la comparación le resultó favorable. Pero la cuestión, tal como fue presentada por él, aún no está resuelta. Pues la situación es ahora inversa: ¿tiene el socialismo un enjuicia-

miento justo? ¿Es acaso visto no sólo como realmente existió, sino como podría ser “en sus más favorables condiciones de desarrollo”? Los cambios sucedidos podrían estar tan lejos de las expectativas de Marx cuanto estaban las de ese capitalismo alterado respecto de las ideas de Mill. Pero para que tal posibilidad tenga algún significado, no es hacia las circunstancias utópicas que debemos mirar, sino hacia las condiciones reales del mundo en el próximo siglo. ¿Cuáles son las perspectivas de que el socialismo puede enfrentarlas con más éxito que el capitalismo?

LA VITALIDAD DE LA CULTURA DE IZQUIERDA

Intelectualmente, la cultura de izquierda está muy lejos de haber sido desmovilizada por el colapso del comunismo soviético, o por el *impasse* de la socialdemocracia occidental, como muestra un simple vistazo al notable y reciente simposio *After the Fall*.¹ En ese sentido, la vitalidad de la tradición socialista continúa manifestándose en múltiples aspectos. De una serie de propuestas de renovación, dos temas se destacan como los más consensuados. Un socialismo más allá de la experiencia de la tiranía stalinista y de *suivisme* socialdemócrata no representaría una abolición imposible del mercado ni una adaptación condescendiente del mismo. Formas diferentes de propiedad colectiva —cooperativa, municipal, regional, nacional— de los principales medios de producción se combinarían con intercambios mercantiles

¹ Robin Balckburn (ed.), *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*, Barcelona, Crítica, 1993.

entre ellas, bajo la orientación de una vasta planificación pública de los desequilibrios macroeconómicos.

La más impresionante de esas concepciones, desarrollada por Diane Elson, invierte la noción familiar de que fue el advenimiento de una economía basada en la información lo que tornó obsoleta cualquier alternativa al capitalismo, al provocar la abolición de los anacronismos del secreto comercial. En ese artículo, el objetivo es una socialización del mercado que transfiera poderes para los productores de empresas en competencia con conocimiento de las técnicas y de los costos recíprocos, y garantice la libertad de las familias con la seguridad de una renta básica². Los mecanismos de planeamiento en un mercado socializado de ese género podrían ser de diversas especies, pero todos implican algunos controles centrales sobre el sistema de crédito. Esos controles, a su turno —y ése es el segundo tema principal de la literatura actual— tendrían que ser responsables ante una democracia mucho más articulada en sus formas que la versión capitalista tiene para ofrecer: estimular la participación electoral en vez de la indiferencia; minimizar las barreras entre diputados y electores; abrir y reglamentar los procesos ejecutivos; diversificar las áreas donde son tomadas las decisiones; asegurar la representación tanto de género como de número. Entre los esquemas que concuerdan con esas líneas maestras, el modelo de David Held de una democracia desarrollada es

² “¿Socialismo de mercado o socialización del mercado?”, *New Left Review* 172, noviembre–diciembre de 1988. Trad. En E. Mandel/A. Novel/D. Elson, *La crisis de la economía soviética y el debate mercado/planificación*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1992.

uno de los más detallados de los presentados hasta el momento³. Finalmente, está claro, hay concordancia general en que las fuerzas sociales necesarias para el funcionamiento de un socialismo de ese género tendría que envolver una coalición mucho más amplia de asalariados de lo que fue prevista en concepciones anteriores, las cuales se apoyaban solamente en la fuerza del trabajo industrial. Ninguna reformulación del proyecto socialista, sea cual fuere la dirección que adopte, podrá esperar ser digna de crédito si no hace el balance de la experiencia histórica de la Segunda y la Tercera Internacional. Los meros repudios de hoy no son más útiles que las simples devociones de ayer. Cualquier cultura de izquierda que busque recomenzar *ex nihilo*, o abrigase los principios de 1789 (o los de 1776), estará condenada a fracasar desde el comienzo. Una seria reflexión sobre el legado político e intelectual del moderno movimiento socialista, en sus varias formas, revela muchas riquezas que fueron despreciadas, bien como caminos confundidos —más allá de muchas más ligazones con las críticas del socialismo de lo que ha sido habitualmente recordado. No es accidental que la investigación más fundamental de los problemas con los que se confrontará cualquier socialismo del futuro sea también el más rico inventario, con innumerables sorpresas, de la tradición del pasado: el balance realizado por Robin Blackburn de la herencia económica y política del marxismo⁴. Su tema es la complejidad —de las circunstancias en que fue hecha y deshecha la revolución de Octubre; de las diferentes líneas dentro del pensamiento bolchevi-

³ Ver *Models of Democracy*, Cambridge, 1987 (hay trad. En Alianza, Madrid).

⁴ En *Después de la caída*, op. cit.

que y socialdemócrata en relación a la experiencia soviética; de la estructura de cualquier sociedad posible más allá del capitalismo, que casi todas ellas subestimaron. En esa reconstrucción, resulta que Kautsky y Mises, o Hayek y Trotsky, es más lo que tuvieron en común de lo que podría haberse imaginado, y su crítica de la idea de una inteligencia universal capaz de dirigir racionalmente las innumerables transacciones de una economía moderna; pero la propia dispersión de conocimientos de que depende el progreso social y tecnológico también contradice los presupuestos de una administración privada irresponsable. La idea de un socialismo después del comunismo es postulada por Blackburn en una apropiada escala contemporánea. El efecto es poner de relieve las verdaderas exigencias, pero también algunas de las dificultades de una alternativa para el presente orden mundial.

LA CRISIS ECOLÓGICA

En verdad, el argumento central contra el capitalismo en los días de hoy es la combinación de crisis ecológica y polarización social que está engendrando. Las fuerzas del mercado no tienen solución para ello. Impulsadas por los imperativos del lucro privado, su lógica consiste en no hacer caso de los daños ambientales y en consolidar la jerarquía posicional. Las consecuencias globales de su desarrollo espontáneo son una visible refutación de las concepciones austríacas que lo entendían como una catalaxia beneficiosa. En este punto, más que en cualquier otro, parecería insostenible el argumento favorable a una deliberada

intervención colectiva —la *taxis* constructivista rechazada por la teoría austríaca. En ese nivel superior, donde el propio destino de la Tierra será decidido, ¿los argumentos clásicos del socialismo en pro del control democrático intencional de las condiciones materiales de vida no estarán preparándose para su retorno? Si ocurriera, como los analistas más recientes insisten, una revolución ambiental, sólo comparable en significado a las revoluciones industrial y agrícola que la antecedieron, ¿qué otra cosa podrá ser sino conscientemente realizada, esto es, planeada? ¿Qué otra cosa son las metas ya tímidamente fijadas por varios gobiernos nacionales y organismos internacionales? La respuesta a estas cuestiones es, en cierto sentido, obvia. Pero en otro sentido, permanece políticamente ambigua. Pues la paradoja es que el terreno en que la crítica económica socialista del capitalismo tiene hoy el mayor poder es también el propuesto para tareas más difíciles que aquellas que no consiguió liquidar en el pasado. El obstáculo central para una economía planificada es el problema de la coordinación, su incapacidad, como los austríacos la entendían, para armonizar la fijación de precios de mercado como sistema de información, en condiciones de conocimiento disperso (el problema del incentivo, o la ausencia de una función empresarial, ocurre en un nivel analítico inferior, o puede ser considerado más remediable). Hay, simplemente, un número excesivo de decisiones a procesar, una complejidad que desafía cualquier computación concebible. Si la planificación socialista fuese derrotada por ese problema en el nivel de las economías nacionales, individualmente consideradas, ¿cómo podría dominar las complejidades inconmensurablemente mayores de una economía global? ¿No es más probable que el equilibrio ecológico sea alcanzado más por regula-

ción selectiva, que impida o proscriba ciertas formas de producción en el mercado mundial, que por la estipulación de toda y cualquier forma —como hacen hoy (de manera más o menos penosa), la tributación energética o la legislación farmacéutica? Una solución de ese género, dentro de la estructura familiar del capitalismo es, no obstante, enteramente inviable. Pues el problema central no es simplemente el de los (crecientes) niveles absolutos de daños causados a la biosfera, sino las contribuciones relativas de las economías nacionales rivales para esos daños. Esto, entre tanto, sólo podría ser resuelto por un *mix* de disuasiones y cuotas: en otras palabras, no apenas prevención, sino asignación de recursos, o planificación adecuada. Con todo, la asignación de recursos presenta inevitablemente la cuestión de la equidad. ¿En base a qué principios debe ser distribuido entre los pueblos de la Tierra el consumo de combustibles fósiles, la producción de basura nuclear, la emisión de carbono, la sustitución de CFCs, el empleo de pesticidas, o el desmantelamiento de la forestación? En cuanto a eso, el mercado, aun reprimido, nada tiene que ofrecer. La maligna posesión de las riquezas del mundo por una minoría privilegiada, con la cual la destrucción de sus recursos está ahora fatalmente relacionada, amenaza cualesquiera soluciones comunes para los graves peligros que hoy están adquiriendo cada vez mayor impulso. Socialismo significa planificación, no por mero interés de planificar más al servicio de la justicia. Es perfectamente lógico que la teoría económica austríaca, como la más convincente exposición de los principios del capitalismo, excluya la idea de justicia todavía más rigurosamente que la de planificación. La revolución ambiental no ocurrirá sin un nuevo sentido de responsabilidad igualitaria.

EL REPLIEGUE DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS

La misma paradoja se repite, en gran medida, en el terreno de las instituciones representativas. La atenuación de las formas democráticas en las principales sociedades capitalistas es cada vez más evidente. Los órganos ejecutivos del Estado han adquirido sistemáticamente más poder a costa de las asambleas legislativas. Se redujeron en las preferencias de los programas políticos y el interés popular en ellas declinó. Sobre todo, los más importantes cambios que afectan el bienestar de los ciudadanos fueron transferidos oblicuamente a los mercados internacionales. En esas condiciones, la construcción de efectivas soberanías supranacionales es el remedio obvio para la pérdida por los Estados nacionales de buena parte de su sustancia y autoridad. Europa Occidental contiene un significativo comienzo en el rumbo de tal federación. La Comunidad Europea fue creada principalmente por los demócratacristianos, y el Tratado de Roma fue expresamente armado como una estructura básica para un robusto capitalismo continental. Transcurrió un considerable período de tiempo hasta que muchos socialistas vieran allí una oportunidad de avance a largo plazo en otra dirección. Hoy, esa conciencia está mucho más generalizada. En cualquier evaluación realista, está claro que una importante tarea de la izquierda será presionar en el sentido de hacer efectivo un genuino Estado Federal de la Comunidad, con una autoridad soberana sobre todas sus partes constituyentes. Esto, está claro, requerirá de un legislativo europeo democráticamente investido de poderes, en lugar del parlamento paralelo actual —justamente la perspectiva que se ha convertido en un anatema para la derecha en toda la región. Semejante

Unión constituye la única especie de voluntad general que puede constatar el poder de la mano invisible como árbitro de los destinos colectivos.

Pero el realismo también dicta una conciencia de que, así como cuanto mayor es una economía más difícil es planificarla, también cuanto mayor fuera el territorio y la población de un Estado, menos este tiende a estar sujeto al control democrático. Los Estados Unidos, con su ejecutivo sublevado y fuera del alcance de la ley, y su legislativo paralítico, son el más nítido ejemplo de ello en los días que corren, así como Rusia podría serlo mañana. Semejante escala tiende también a impedir la participación cívica en la economía. La razón está, en parte, en el hecho de que vuelve al gobierno central más distante de su electorado, espacial y estructuralmente, aumentando así su propia autonomía burocrática. Pero es también porque aumenta de manera radical los costos de organización política, dando ventajas desproporcionadas a los grupos que están numéricamente concentrados y bien dotados de recursos —por consiguiente, con buenas líneas internas de comunicación y amplios medios de formación de opinión— en contraste con las masas vastamente dispersas y sin acceso a los dispendiosos requisitos para su propia asociación voluntaria. Hoy, el camino para una democracia más adecuada apunta más allá del Estado-Nación; pero es probable que su precio sea también más remoto. La crítica socialista de la democracia capitalista se enfrenta, pues, con muchos de los mismos problemas que diagnostica actualmente, en una forma aún más aguda en el propio nivel para el cual su propio programa debe encaminarse. También aquí la figura dialéctica

parece invertirse: las contradicciones del capitalismo no resuelven sino que aumentan las dificultades del socialismo.

EL AGENTE DE LA REVOLUCIÓN

Si esto es verdad en lo tocante a los principios económicos y a las instituciones políticas, ¿qué decir del agente social? El proletariado clásico de los trabajadores industriales declinó en números absolutos en los países avanzados y, en tamaño relativo, en proporción a la población mundial. Al mismo tiempo, el número de aquellos que dependen de salarios para su subsistencia aumentó sustancialmente, aunque sea probable que aún no constituya una mayoría de la humanidad. El mayor cambio particular en la sociedad global desde la segunda guerra mundial, después de la contratación del campesinado, fue el ingreso de las mujeres como fuerza de trabajo remunerada en los países ricos y pobres, indistintamente. Con ese cambio, el potencial humano de oposición a los dictámenes del capital se volvió más verdaderamente universal de lo que era en el auge del movimiento obrero tradicional, limitado apenas a un sólo sexo. ¿En qué medida estas transformaciones ofrecen una base realista para restablecer el proyecto socialista? La respuesta es, en la mejor de las hipótesis, profundamente ambigua. Pues si un efecto de esas transformaciones es ampliar las fuerzas sociales, abriendo la posibilidad a una especie diferente de orden mundial, también es lo que va a dividir las. Aún la propia clase trabajadora industrial metropolitana, tiene menos semejanzas ocupacionales y culturales que en el pasado. Fuera de ella, prolifera la heterogeneidad de todo tipo —renta, empleo, género,

nacionalidad, credo. Muchas de esas divisiones, está claro, también operaban en el pasado. Pero la base de sustentación del movimiento obrero clásico era, no obstante, relativamente homogéneo: era esencialmente manual, predominantemente masculino y europeo. No existe hoy un equivalente para tales coordenadas. Las distancias entre una costurera coreana, un trabajador rural zambiano, un bancario libanés, un marinero filipino, una secretaria italiana, un minero ruso y un obrero de la industria automovilística japonesa son infinitamente mayores de las que en otro tiempo estrechaban las filas de una Segunda Internacional unitaria, aunque muchos de ellos podrían estar empleados en un mismo conglomerado. La nueva realidad es una asimetría maciza entre movilidad y organización internacional del capital, por un lado, y dispersión y segmentación del trabajo por otro, sin ningún precedente histórico. La globalización del capitalismo no unió las resistencias a él, sino que las dispersó y las controló. A su debido tiempo, tal vez, puede ocurrir una “sorpresa intersticial” de la especie descrita por Michael Mann —el surgimiento de un nuevo agente social que supere inopinadamente a todos los otros. Pero, por el momento, no está a la vista ningún cambio en ese desigual equilibrio de fuerzas. La extensión potencial de intereses sociales en una alternativa al capitalismo fue acompañada de una reducción en las capacidades sociales para luchar por una alternativa. Todas estas dificultades tienen un origen común. Los alegatos contra el capitalismo son más fuertes en el propio plano donde la influencia del socialismo es más débil —el nivel del sistema mundial como un todo. Esa debilidad siempre estuvo presente, desde las más antiguas esperanzas de revolución en un país, o incluso en un continente, expresadas por Marx y sus contemporáneos.

Pero, a medida que el siglo XX avanzaba, el movimiento que se vanagloriaba de haber superado las fronteras nacionales fue quedándose cada vez más atrasado respecto del sistema que pretendía sustituir, mientras la civilización del capital se tomó más sistemáticamente internacional, no sólo en sus mecanismos económicos —con el advenimiento de las grandes empresas multinacionales— sino también en los acuerdos políticos, como los mecanismos de la OTAN y el G-7. El contraste con la historia de lo que otrora fue el “campo socialista” habla por sí mismo. Continuamos asistiendo en los días de hoy a la explosión de nacionalismos como fuegos de artificio en todos los rincones del mundo, en la que dramáticamente sobresalen los países donde el comunismo predominó hasta hace poco. Pero el futuro pertenece al conjunto de fuerzas que están superando al Estado-Nación. Hasta ahora, ellas fueron capturadas o impulsadas por el capital —una vez que el internacionalismo, en los últimos cincuenta años, cambió de bando. En cuanto la izquierda no consiga retomar la iniciativa en esa área, el actual sistema estará seguro.

LAS FIGURAS DEL ESPEJO

¿Qué evaluación hacer, entonces, de lo que fue el socialismo? La historia sugiere una serie de desenlaces ideales típicos, los cuales fijan más o menos el espectro de posibilidades. De un modo estilizado, pueden ser admitidos como paradigmas para diferentes versiones del futuro. La primera posibilidad es que la experiencia del socialismo en este siglo venga a ser simplemente considerada por los historiadores

del futuro como algo parecido a la experiencia jesuita del Paraguay. Fue un episodio que fascinó al Iluminismo: Montesquieu o Voltaire, Robertson y Raynal, todos reflexionaron sobre su significado. Por más de un siglo, entre las décadas de 1610 y 1760, los padres jesuitas organizaron a las tribus guaraníes en comunidades igualitarias bajo la autoridad de la Compañía de Jesús en los territorios de la costa superior del Río de la Plata. En esos poblados, cada familia india tenía derecho a poseer un campo personal, cultivado privadamente, pero la mayor parte de la tierra era cultivada colectivamente como propiedad de Dios por el trabajo obligatorio de la comunidad entera, al son de los cánticos y la música religiosa. La producción era distribuida en beneficio de todos los que habían trabajado los campos, con una reserva para los enfermos, viejos y huérfanos. Tenían almacenes, oficinas, pequeñas fábricas y ciudades bien construidas. Pero no había dinero. Simplemente, un excedente comerciable de yerba mate era exportado a Buenos Aires, a fin de pagar las manufacturas que las reducciones jesuíticas no podían producir. Los jesuitas se dedicaban con gran celo a la educación de sus protegidos, adaptando ingeniosamente sus deberes doctrinarios a las creencias locales. Había reclutamiento, y la caballería guaraní prestó notables servicios a la monarquía española más allá de las fronteras del dominio jesuita. Pero ningún funcionario español tenía permiso para residir en él, ningún comerciante (con algunas excepciones especificadas) podía visitarlo y no se enseñaba español a los indios, que recibían instrucción y eran alfabetizados en su propia lengua, bajo la autocracia de la Compañía. En su completa inversión del tratamiento impuesto a las poblaciones nativas en todas las otras regiones de las Américas, en su cuidadoso aislamiento del virreynato

circundante, en su relativa prosperidad (exagerada por la leyenda), el Estado jesuita del Paraguay acabó atrayendo el odio y la codicia de los latifundistas locales, la sospecha y los celos de la Corte española. Finalmente, en un súbito decreto, Madrid ordenó la expulsión de la Compañía de Jesús del Paraguay. La operación, implacablemente conducida por el virrey, no encontró resistencia. Los padres obedecieron las instrucciones recibidas desde Roma. Los indios fueron desarmados con promesas de preservación de sus comunidades y de la creación de una universidad de la que sentían la ausencia. Pero tan pronto como los jesuitas se fueron, sus tierras fueron rápidamente tomadas, sus poblados saqueados y destruidos, y sus poblaciones dispersadas. Hoy, todo lo que resta de una experiencia que tenía ganada la ambivalente admiración de los *philosophes* es un puñado de ruinas de bellas iglesias y tal vez la supervivencia del idioma local. En Europa, los jesuitas ajustaron sus ambiciones y se tomaron finalmente una parte inofensiva del escenario general, con un nombre respetado y una causa absorbida en una civilización que avanzaba en otra dirección. En el siglo XIX, la singular experiencia jesuita del Paraguay fue ocasionalmente planteada por los socialistas románticos como Cunningham Graham, un amigo de William Morris, o condenada por conservadores racionalistas como Cournot. Para el consenso de las generaciones siguientes, cuando por ventura la recordaba, esa experiencia fue vista como un extravagante pasatiempo histórico —una construcción social artificial que contradecía todas las leyes conocidas de la naturaleza humana y estaba condenada a una rápida extinción. Del mismo modo, los historiadores futuros —y aún actuales— podrían ver retrospectivamente el ciclo de tentativas para construir el socialis-

mo en el siglo XX como un conjunto de aberraciones exóticas en países atrasados, condenadas a desaparecer después de haber perturbado brevemente el curso de la historia, a medida que avanzaban hacia su inevitable conclusión, dejando apenas unos trazos inocuos de absorción en las regiones más avanzadas. En la década de 1970, Francois Furet ya hablaba del “cierre del paréntesis socialista”, cuando la civilización retomó su desarrollo a largo plazo rumbo al capitalismo liberal. Visto en esa perspectiva, el destino final del socialismo sería el olvido.

LA REVOLUCIÓN INGLESA Y LOS *LEVELLERS*

La segunda posibilidad es que el resultado del socialismo moderno sea más próximo al legado de la primera revolución contra la monarquía por derecho divino. En Inglaterra, en la década de 1640, la dinastía y el episcopado fueron derribados, surgió un ejército revolucionario, un Estado republicano fue fundado y se produjo un extraordinario fermento de las ideas radicales. La más notable de ellas, en tanto realización colectiva, fue la primera teoría de la democracia moderna que surgió de las filas de los *Levellers* [niveladores]. Sus exigencias políticas incluían el sufragio universal masculino, una Constitución escrita, cláusulas establecidas de forma inequívoca para proteger las libertades civiles, parlamentos anuales, elección popular no sólo de los diputados sino también de los oficiales de las fuerzas armadas y de los funcionarios públicos civiles. Era un programa tan adelantado en relación a su tiempo, que la mayoría de sus reivindica-

ciones aún no fue concretada hasta hoy en Gran Bretaña, que continúa sin República, sin Constitución escrita, sin declaración de derechos, por no hablar de parlamentos anuales o de un cuerpo de oficiales electos. La visión de la democracia de los “niveladores”, fruto de la movilización popular durante la guerra civil y de la experiencia de representación de los soldados en el consejo general del Ejército, no sobrevivió, como movimiento efectivo, a la lucha militar contra la monarquía. Sin embargo, el momento “nivelador” de la guerra civil permanece como el espectáculo político más impresionante de su tiempo. No sorprende que sus ideales se hayan granjeado tan frecuentemente la admiración de los historiadores contemporáneos.

Entre tanto, ¿cuál fue su verdadero legado histórico? La monarquía inglesa fue restaurada en 1660 y, transcurridos otros cincuenta años, estaba debidamente instalada en su lugar una estable oligarquía aristocrática que duró hasta la época de la Revolución Industrial. En ese desarrollo, la memoria del fermento radical de la república inglesa estaba completamente disipada. Ni la propia Comunidad cromwelliana, ni los “niveladores” que habían luchado para democratizar el Estado revolucionario, dejaron cualquier vestigio duradero en la vida política británica. Los debates de Putney sólo fueron redescubiertos a fines del siglo XIX, y los programas “niveladores” fueron estudiados seriamente sólo en el presente siglo. Así como la revolución inglesa no dejó importantes instituciones, tampoco transmitió una herencia continua de ideas, perdurando como influencia activa en generaciones ulteriores. La razón de eso está no tanto en su derrota política sino el cambio intelectual que ocurrió después de que ella terminó. Pues la gran

excitación revolucionaria de mediados de siglo aún estaba moldeada en términos esencialmente religiosos. La guerra civil desembocó en una revolución puritana, cuyos principales líderes y militantes estaban comprometidos en la creación de una *Commonwealth of the Godly* [Comunidad de los fieles], en un universo mental aún más saturado de mitos bíblicos y doctrinas protestantes. Fue ese involucramiento teológico el que le puso fin abruptamente. La Providencia, señal de las bendiciones del Señor cuando los ejércitos de Cromwell salieron victoriosos, se convirtió en la prueba de la ira divina cuando la república se desmoronó, culminando en un característico colapso moral. Más profundamente aún, el cuño religioso de la revolución acabó pareciendo anacrónico, cuando la cultura elegante y las creencias populares se fueron secularizando progresivamente a lo largo del siglo siguiente. El resultado fue un hiato de cerca de cuarenta años entre la revolución inglesa y su sucesora histórica en Francia. La Declaración de los Derechos del Hombre, los *slogans* de la Libertad, Igualdad y Fraternidad, eran objetivamente secuelas de los Acuerdos Niveladores del Pueblo. Pero subjetivamente había poca o ninguna ligazón entre ellos, porque el lenguaje de la insurgencia política había cambiado completamente. Ahora, cualesquiera que fuesen las nuevas energías movilizadas, el vocabulario de la revolución era radicalmente secular, en verdad, en su mayor parte, intransigente anticlerical. Así, podría decirse que la democracia “niveladora” no sufrió el destino de la igualdad jesuita, una vez que, después de un transcurso de más de un siglo, su equivalente reapareció —mucho más fuerte, explosiva y duraderamente, en la forma de una transvaloración. En ese proceso, las ideas en acción de la Buena Vieja Causa encontraron expresión en un

idioma muy diferente, con otras connotaciones y justificaciones. Si algo semejante a eso se desarrollase al final del siglo XX, el socialismo desaparecería de hecho —pero podríamos esperar, en alguna fecha posterior, encontrar sus valores y objetivos característicos recodificados en alguna nueva y convincente visión del mundo, objetivamente emparentada pero subjetivamente desligada de su predecesora. Algunos podrían imaginar que cierto ecologismo se podría ajustar a ese rol, descartando lo que sería visto como las dimensiones religiosas del socialismo, la fe en el proletariado o el desdén hacia la naturaleza, pero rearticulando otros de sus principales temas: sobre todo, el deliberado control colectivo de las prácticas económicas, la igualdad de oportunidades de vida para toda la humanidad.

EL JACOBINISMO FRANCÉS

Una tercera posibilidad es que la trayectoria del socialismo podría acabar asemejándose a la del jacobinismo, desencadenada por la propia revolución francesa. A la inversa que los “niveladores”, los jacobinos —menos comprometidos con la libertad personal, más eficientes en la construcción del Estado— consiguieron conquistar el poder, aunque no lo retuviesen por mucho tiempo. Su gobierno fue el coronamiento radical de un proceso revolucionario que duró una década, convulsionando el escenario europeo. Tal como la inglesa antes que ella, la Revolución Francesa no creó un orden político duradero, culminando igualmente en una dictadura militar seguida de una restauración. Pero esta vez el antiguo orden tuvo que ser impuesto

desde afuera, pues la propia revolución había ido mucho más lejos, poniendo en marcha una movilización popular más profunda, un desarrollo ideológico más amplio, consecuencias estratégicas más vastas para Europa en general. Siendo así, se tornará un evento no tanto nacional como universal, cuya memoria no podía ser apagada. Dentro de la propia Francia, por el simple hecho de que la restauración había sido externa, el legado de la revolución no podía más que estar suprimido. Quince años después, París estaba cubierta de barricadas y el gobierno en fuga. La monarquía de Julio duró algo más, antes de ser consumida en las llamas de 1848. En otras palabras, la Revolución Francesa fundó una tradición política acumulativa, inspirando sucesivas tentativas ulteriores de concretización de los principios de 1789 o 1794, no sólo en Francia, sino también en Europa y, en última instancia, más allá de ella.

Por otro lado, esa tradición también tardó en sufrir una decisiva mutación. Pues de la matriz democrático-burguesa de la revolución francesa saldrían las concepciones distintas y básicamente antagónicas del socialismo moderno. En ese proceso no hubo ruptura de la continuidad temporal, del tipo de la que se verificó entre la época de los “niveladores” y la de los jacobinos. El nacimiento de las ideas socialistas coincidió efectivamente con el surgimiento de las naciones seculares de soberanía popular e igualdad ante la ley, las cuales pasarían a ser los fundamentos normales de la democracia capitalista. Babeuf, el primer pensador de la tradición socialista propiamente dicha, fue uno de los protagonistas de la revolución. Saint-Simon, su primer teórico sistemático, fue voluntario en la guerra americana de la independencia

y testigo de la revolución, desarrollando sus doctrinas en relación a ella bajo la restauración. Fourier publicó su primer esquema sobre los falansterios bajo Napoleón. El propio Marx estaba profundamente impregnado de la herencia de lo que denominó simplemente, con mucha frecuencia, la “gran revolución”, y modeló la revolución proletaria venidera mediante una proyección retrospectiva de aquella. Así, cuando estalló la revolución de 1848, fue natural que la Segunda República asistiese a un breve frente único entre los antiguos jacobinos y los nuevos socialistas, Ledru–Rollin y Louis Blanc. Una coalición entre ambos aún se mantuvo en París en tiempos de la Comuna. Pero, como señaló Cournot, mirando con aprensión hacia las banderas rojas, la proximidad era ahora engañosa. El socialismo se presentó como el heredero de la revolución, el único programa capaz de dar realidad efectiva a la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero era también una genuina mutación. Se trataba de un movimiento de una especie diferente al jacobino, apuntando a la creación de una sociedad que nada tenía que ver con la República de la Virtud, de Robespierre, en la medida en que significaba una ruptura con su respeto por la propiedad privada, una crítica de su visión del pasado, un reordenamiento de la trinidad de 1789, y una apuesta por un nuevo agente social que sólo surgiría como de la expansión de la industria moderna, después de que la Revolución Francesa llegó a su término.

Si el paradigma jacobino fuese pertinente, el socialismo también sufriría a su vez una mutación semejante, con el surgimiento coincidente de una nueva especie de movimiento para la transformación radical de la sociedad, reconociendo en algunos aspectos su deuda para

con el socialismo, pero en otros criticándolo o repudiándolo con vehemencia. Esto, sin duda, se asemeja al papel que las feministas atribuyen frecuentemente a la lucha por la igualdad sexual. Los orígenes modernos de las campañas por la emancipación de las mujeres se remontan a los tiempos de la Segunda Internacional, cuando los propios textos centrales del movimiento obrero hablaban de la abolición de la desigualdad entre los sexos, así como entre las clases, y la obra de Bebel, **La Mujer en el pasado, el presente y el futuro**, era el libro más popular de la literatura de la socialdemocracia alemana —tal como el texto central del feminismo moderno, **El segundo sexo**, de Simone de Beauvoir, sería escrito desde un declarado punto de vista socialista. Pero el sufragismo y sus sucesores siempre representaron, no obstante, una tradición histórica distinta, y como el socialismo vino a conceder un margen cada vez menor para la igualdad sexual en el siglo XX, la distancia entre las dos corrientes se amplió. Las formas contemporáneas de feminismo de la segunda ola han estado generalmente marcadas por la clara diferenciación con las tradiciones socialistas. Si los cambios sociales obtenidos son todavía modestos, las consecuencias estructurales de una real igualdad sexual para una economía y una sociedad capitalistas parecen ser imponderablemente vastas. Lo que resultará de ello, nadie podría decirlo por ahora. Pero las feministas podrían muy bien argumentar que, en contraste con el incierto futuro del movimiento obrero, la causa de la emancipación de las mujeres puede estar razonablemente confiada en que tiene ante sí un victorioso camino por recorrer.

LIBERALISMO Y SOCIALISMO

Existe otra posibilidad. Que el destino del socialismo esté, a fin de cuentas, comprobadamente más próximo al de su rival histórico, el del liberalismo. Si los orígenes económicos del liberalismo moderno están en la economía política clásica, de acuerdo a las formulaciones de Smith y Ricardo, convirtiéndose en una doctrina política en la época de la restauración, recibiendo expresión clásica en Constant, las dos corrientes sólo se fundirán completamente a mediados del siglo XIX, en tiempos de Gladstone y de Cavour. Recién entonces, como teoría general del libre comercio y del imperio de la ley, de una sociedad de mercado y un Estado restringido, cuando su influencia se hizo mucho más amplia que la de los partidos que ostentaban el nombre de liberales, se tornó en la concepción preponderante del progreso tanto en el viejo como en el nuevo mundo. Con el cambio de siglo, habiendo presidido el sustancial crecimiento económico y la paz internacional, el liberalismo parecía destinado a guiar a la civilización de la *belle époque* hacia un mundo de creciente prosperidad e irrestricta democracia. Desde ese apogeo, la caída fue abrupta. Con la eclosión de la primera guerra mundial, la civilización liberal se desmoronó súbitamente, rindiéndose al barbarismo industrial. Mientras millones tomaban parte de la matanza interimperialista, bajo el liderazgo de sus más respetables políticos e ideólogos, su escala de valores parecía empujarlos a cometer un suicidio moral. Al profundo descrédito que resultó de esa derrota, siguió el golpe devastador de la más profunda recesión en la historia del mundo, entre las dos guerras. Si la Gran Guerra parecía preanunciar la subversión del Estado constitucional, la

depresión parecía demostrar la falencia del libre mercado. Pero lo peor estaba aún por suceder, cuando la herencia combinada de Versailles y del Viernes Negro colocó al nazismo en el poder dentro de la estructura de una democracia parlamentaria, mientras el mercado mundial se disolvía en bloques autárquicos. Al final del primer tercio del siglo, muchos observadores creyeron que el liberalismo podría desaparecer como fuerza histórica de importancia. Pero los acontecimientos probaron otra cosa. En (y a través de) la segunda guerra mundial, el liberalismo efectuó una extraordinaria recuperación. En la lucha contra el fascismo, la economía norteamericana recuperó su dinamismo y los estados anglosajones su reputación. Con el retorno de la paz, la democracia liberal, basada en el sufragio universal, se vio por primera vez generalizada a todas las zonas capitalistas avanzadas, y consolidada con la asistencia económica y la supervisión política de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, la economía capitalista mundial fue duramente reliberalizada y, cuando el libre comercio internacional revivió sobre la base de un patrón dólar/oro, un prolongado *boom* redundó en rápido crecimiento y firme prosperidad, sin precedentes en los países de la OCDE. Desde cualquier parámetro histórico, esto significó una formidable doble transformación. El liberalismo tiene ahora la expectativa de una tercera realización de un orden comparable —la gradual propagación de su modelo económico y político a todo el mundo menos desarrollado. Casi ningún país del Tercer Mundo comenzó su industrialización de acuerdo a una orientación de mercado libre o como un verdadero Estado constitucional. Pero así como la acumulación alcanzó cierto umbral, la democracia política y la desregulación económica comenzarán a mostrarse como una tendencia

cierta también en ciertas regiones del Sur. Esa es, está claro, la historia contada por Fukuyama. El socialismo, por su parte, surgió del escenario mundial justamente en el momento en que el liberalismo entraba en su crisis moderna. En un tiempo en que la mayoría de los pensadores liberales aún estaba sumergida en la euforia de Herbert Spencer, convencida de que la industria esparciría la paz entre los Estados, Luxemburgo y Lenin, Hilferding y Trotsky estaban previendo la eclosión de la guerra imperialista que pondría fin a los ajustes estabilizadores del *fin-de-siècle*. También fue la tradición marxista la que previó la posibilidad de la Gran Depresión, y fueron los marxistas quienes primero vislumbraron todas las consecuencias del fascismo que emergió de ella. Al mismo tiempo, como el propio Marx —y en su estela los marxistas rusos— también había pensado como posible, una revolución socialista estalló, de hecho, en Rusia, y culminó en la creación de un Estado comunista del que los observadores europeos pensaron durante mucho tiempo iría a ser la segunda mayor potencia mundial del siglo XX. Ese Estado fue, a su vez, la principal fuerza en la derrota del facismo europeo en la segunda guerra mundial, una derrota que sentó las bases para la recuperación histórica del liberalismo en Occidente, al mismo tiempo que una segunda gran revolución estallaba en Asia.

Ningún movimiento político realiza exactamente aquello que se propone llevar a cabo, y ninguna teoría social prevé jamás lo que irá a ocurrir precisamente. No existe la menor dificultad en enumerar todas las afirmaciones y previsiones equivocadas de Marx, Luxemburgo o Lenin. Pero ningún otro cuerpo de teoría en ese período —el primer

tercio del siglo— estuvo abierto a los dobles sucesos, de previsión y de realización, como la tradición socialista. Por otro lado, probaron en la práctica ser tan vulnerables al tiempo —y a sus propios crímenes— como los éxitos del liberalismo antes que ellos. Ya antes de la derrota del nazismo, el régimen de Stalin lanzó una guerra contra el propio campesinado ruso y desencadenó las purgas, en dos grandes ondas de terror masivo, que sólo podrían ser comparadas en términos de sacrificio de vidas con la primera guerra mundial, y hasta es posible que la excedan. Si el equilibrio político-moral con el liberalismo fue de este modo perdido, el equilibrio económico tampoco logró en el Este una ventaja sobre Occidente. La tumultuosa industrialización soviética de los años 30, que aseguró la victoria contra Hitler, se desarrolló en un telón de fondo de depresión y estancamiento en Occidente. Pero, luego de 1950, el capitalismo ingresó en el más dinámico *boom* de su historia, y cuando la recesión volvió a repetirse, veinte años más tarde, su tasa de crecimiento mostró estar muy por encima de la del bloque soviético, sumergido ahora en un agudo estancamiento económico y parálisis social, bajo un dominio burocrático no reconstruido. La rama socialdemócrata de la tradición socialista, por otra parte, que no había desafiado la matanza homicida de la primera guerra mundial, y que poco remedio pudo ofrecer frente a la depresión, floreció en el interior del capitalismo europeo-occidental después de la segunda guerra mundial, siendo pionera de los sistemas de bienestar que lo tornarían significativamente más humano que sus equivalentes americano y japonés. Pero con las condiciones económicas alteradas de los años 80, también ellos entrarán en crisis, y los partidos socialdemócratas irán perdiendo sistemáticamente su poder o abandonando los compromi-

sos con sus metas tradicionales. En el final de la década, el comunismo estaba por todas partes en crisis o en colapso, y la socialdemocracia a la deriva. El potencial histórico del socialismo en general, aún admitiendo el menor descrédito (pero también el menor peso) de la socialdemocracia, aparece a los ojos de muchos como completamente agotado, a semejanza del liberalismo de cincuenta años atrás. Si el paradigma liberal fuese pertinente, sin embargo, una redención ulterior del socialismo como movimiento no podría ser excluida. El liberalismo se recuperó, a pesar de todas las previsiones sombrías, adoptando elementos diluidos del programa de su antagonista: monitoreo por el Estado de los equilibrios macroeconómicos, garantía de paz social a través de los programas de bienestar, ampliación de la democracia a todos los adultos. El comunismo intentó modernizarse de modo semejante, introduciendo elementos de autoridad ante la ley y de mercados competitivos. El resultado fue un completo fracaso, por lo menos en el bloque soviético. Ahí, el capitalismo se encuentra ahora política e intelectualmente triunfante. Por otro lado, una privatización total de la propiedad en gran escala —o sea, una completa reproducción económica del capitalismo y de su concomitante estructura social— aún se halla razonablemente distante. Su concretización exigirá una proeza de ingeniería social a largo plazo, sin precedentes en la tradición liberal, en condiciones extremadamente duras. Los recursos necesarios para financiarla exceden a las propias potencias capitalistas que controlan el proceso. Pues el malestar estructural subyacente del capitalismo avanzado, revelado en la década del 70, no fue superado. Las tasas de beneficio aún no superan la mitad de las que se registraron en el largo *boom* de posguerra, y fueron mantenidas en ese

nivel solamente a costa de una firme expansión del crédito, aplazando el día de la rendición de cuentas. El advenimiento de cualquier crisis severa en los países del OCDE cambiaría todos los cálculos políticos, en Occidente y en el Este, de forma imprevisible. El estrechamiento de los vínculos en el orden capitalista mundial está destinado, de cualquier modo, no sólo a reforzar las tremendas presiones a la pobreza y la explotación del Sur, sino a repercutir por primera vez en el propio Norte. Todas esas tensiones podrían crear una nueva agenda internacional para la reconstrucción social. Si fuese capaz de responder efectivamente a esas tensiones y conflictos, sería menos probable que el socialismo fuese sucedido por algún otro movimiento y que fuese redimido como legítimo programa para un mundo más igual y más habitable. Las analogías históricas nunca son más que sugestivas. Pero hay ocasiones en que ellas pueden ser más fecundas que las previsiones. Sería sorprendente que el destino del socialismo reprodujese con toda fidelidad cualquiera de esos paradigmas. Pero el conjunto de posibles futuros que hoy se abren frente a él, se sitúan dentro de una gama como ésta. Olvido, transvalorización, mutación, redención: cada uno, de acuerdo con su intuición, hará su propia conjetura sobre cuál de las alternativas es más probable: jesuita, niveladora, jacobina, liberal; esas son las figuras del espejo.